

MEDICINA AL SERVICIO DE LA VIDA

Juan de Dios Vial Correa
Presidente
Pontificia Academia para la Vida

Desde mucho tiempo antes de que ella llegara a ser verdaderamente eficaz, la Medicina había sido impulsada por la benevolencia. Esto era por ejemplo el sentido de las palabras del juramento hipocrático: "Usaré los recursos médicos para las necesidades de los pacientes...en toda casa a la que entre me introduciré para bien de los enfermos...". Pero no se trataba aquí de una benevolencia cualquiera, sino de una que estaba dirigida a un hombre disminuido, a un enfermo. Esa disposición espiritual hacia el débil e indefenso, ha acompañado a la Medicina por espacio de tantos siglos, que espontáneamente nos parece que ella pertenece a la naturaleza misma del acto médico.

La atención al desvalido es expresión de una honda fuerza social poderosamente vinculante. La benevolencia médica es una muestra de salud de la sociedad: el médico busca el bien del otro, su salud plena, no por la utilidad ni el placer que ello le traiga, sino por el solo hecho de que ese otro es un hombre enfermo. Ello corresponde al lazo altruista y solidario que engendra y mantiene la confianza recíproca que alimenta la vitalidad y la alegría en la comunidad humana.

Ya Platón advertía que el arte médica no se relaciona con el placer sino con el bien. Por eso mismo, la Medicina vino a adquirir desde antiguo la fuerza y el prestigio de una sabiduría sobre el hombre. Y nosotros los cristianos entendemos hoy que eso se debía a que su impulso más primario apuntaba en la misma dirección que vendría a ser reconocida como un don de Dios cuando fuera anunciado el Evangelio. Como una verdadera semilla del Verbo, la Medicina consideraba que hasta el más debilitado de los hombres estaba confiado a su solícita atención. Esa es la condición fundamental que nos recuerda la Encíclica *Evangelium Vitae*: "El Dios de la Alianza ha confiado la vida de cada hombre a otro hombre hermano suyo, según la ley de la reciprocidad del dar y recibir, del don de sí mismo y de la acogida del otro".(n76)

Por lo mismo, es dolorosa la paradoja de estos tiempos: formas objetivas de malevolencia, especialmente dirigidas contra los más débiles, contra los no

nacidos y contra los ancianos o inútiles, encuentran apoyo y justificaciones médicas.

Esto es realmente *contra natura*: "la misma medicina que por su vocación está ordenada a la defensa y cuidado de la vida humana, se presta cada vez más en algunos de sus sectores a realizar estos actos contra la persona, deformando así su rostro, contradiciéndose a sí misma y degradando la dignidad de quienes la ejercen..."(Evangelium Vitae n4).

Tales cambios de orientación sobrevienen precisamente cuando los progresos de las ciencias médicas y biológicas están abriendo caminos inesperados para la acción benéfica de la Medicina "...resultados que hasta hace un tiempo eran del todo impensables...se obtienen hoy para la vida naciente, para las personas que sufren y los enfermos en fase aguda o terminal..."(n26).

No tiene ningún sentido atribuirle al progreso médico la responsabilidad por los actos que hoy día deploramos. Parece en cambio indudable que lo que está verdaderamente en juego es la noción misma del ser humano y de sus derechos. En muchas ocasiones prevalece la actitud que "...solo reconoce como titular de derechos a quien se presenta con plena o al menos incipiente autonomía y sale de situaciones de total dependencia de los demás..." (EV n19).

Pero una Medicina concebida en esa perspectiva, no sólo le da las espaldas a su milenaria tradición, sino que entra en inevitable oposición con algunas de las mejores conquistas del espíritu humano en nuestro tiempo: "La teoría de los derechos humanos se fundamenta precisamente en la consideración del hecho de que el hombre a diferencia de los animales y las cosas no puede ser sometido al dominio de nadie..."(n19).

El médico ha sido siempre un servidor de la vida, no su dueño. Si se olvida esa condición y se acepta que existe libertad para decidir sobre el derecho ajeno a la vida, el hombre se transforma en una especie de autócrata respecto de sus hermanos. Se llega a preconizar una "...libertad de los más fuertes contra los más débiles condenados a sucumbir..."(n19). Recién hemos llegado a los umbrales de las consecuencias que esta postura puede traer para toda la sociedad. Alguna Medicina contemporánea, al legitimar una libertad sin restricciones ha introducido en la vida colectiva un factor de disolución que tiene su lógica propia e implacable: "...es por lo tanto la fuerza la que hace de criterio de opción y acción en las relaciones interpersonales y en la convivencia social "; "...la libertad de los más fuertes contra los débiles destinados a sucumbir..."(n19); "Con esta concepción de la libertad la convivencia social se deteriora profundamente..." (n20).

Al corromperse la idea de libertad, se deteriora también la de verdad. Los objetos de un conocimiento científico al que se quiere transformar principalmente una manera eficaz de manipular la realidad, pasan a ser concebidos como un material dispuesto para la elaboración, y que no tiene de suyo consistencia ni sentido. Y naturalmente entre los objetos más importantes para el conocimiento humano figura precisamente el hombre mismo. Se desvanece así por ejemplo lo que es peculiar del cuerpo humano, lugar propio de la Medicina: "Siempre en el mismo horizonte cultural, el cuerpo ya no se considera como realidad típicamente personal, signo y lugar de las relaciones con los demás, con Dios y con el mundo"(n24). Es en cambio objeto para el uso y para el goce o apariencia impermanente que esconde y manifiesta el juego de las leyes naturales.

Todo médico quisiera seguir viviendo una actitud benévola hacia el hombre. Esta es una disposición que lleva inscrita en lo más hondo de su oficio. Pero es inevitable que la pérdida del sentido de las facultades básicas del hombre, o sea de su posibilidad de acceder a una verdad objetiva y de regular de acuerdo a ella el ejercicio de su libertad, traiga una consecuencia decisiva para la Medicina.

No parece que a un hombre cuya imagen está así distorsionada, le sea aplicable la noción de dignidad. No se lo podría ver como un fin en sí mismo y, por lo tanto no podría ser acreedor a respeto que es la piedra de toque ante la persona. Y donde no hay respeto por el hombre, sobreviene, quiéraselo o no, la muerte de la Medicina. Basta pensar en las disquisiciones sobre el carácter "personal" del nascituro en los primeros tiempos de la gestación. Como anota la Encíclica, "...bastaría con la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano..." (n60). Esta sería la actitud del respeto ante la dignidad y el misterio de la persona, y sería la actitud consecuente con la profunda intención benévola de la Medicina.

Vivimos en una época en la que parece cumplirse la anticipación de Nietzsche, de que las grandes muchedumbres son capaces de más osadía que los individuos aislados, y movidas por la voluntad de poder van imponiendo sus valores por torcidos que ellos sean, para hacer que las futuras generaciones vivan de acuerdo con ellos. En medio de esa marejada se echa a menudo de menos la voz de la Medicina en defensa del hombre indefenso y enfermo que es su razón de existir.

Es importante entonces comprender que a la Medicina le cabe un rol decisivo en esta hora de la cultura. Ella tiene el doble prestigio que le viene de su disposición hacia el bien del hombre y de su maravillosa eficacia para mejorar las condiciones de vida de la humanidad. Si ella transige con quienes

reivindican el derecho al aborto, al infanticidio, a la eutanasia, es ella la que hace posible que estas profundas desviaciones culturales y morales se introduzcan en la legislación. Disposiciones legales profundamente contrarias a la moral han encontrado aprobación porque venían cubiertas con el manto de la aprobación médica. Y por paradoja, médicos que quieren vivir el juramento hipocrático terminan muchas veces en una especie de ostracismo profesional.

A ratos pareciera que es imposible detener el ascenso de esta marea de distorsiones morales. Surgen entonces las vidas ejemplares de quienes ejercen la medicina como un testimonio de respeto a la sacralidad de la vida. La Encíclica los recuerda: "A veces las opciones que se imponen son dolorosas y pueden exigir el sacrificio de posiciones profesionales consolidadas o la renuncia a perspectivas legítimas de avance en la carrera..."(n74); pero al mismo tiempo exalta su actitud como una reivindicación de algo que es fundamental para la condición humana: "El rechazo a participar en la ejecución de una injusticia no sólo es un deber moral sino también un derecho humano fundamental" (n74). El testimonio de esos que llegan incluso a la objeción de conciencia y que ponen sus medios pacíficos para oponerse al abuso legal, es una forma de reivindicación de la Medicina. Ellos muestran cómo la inmensa riqueza de los avances médicos puede ser empleada para el bien, de un modo que le sea fiel a su determinación básica.

La Pontificia Academia Para La Vida tuvo como su primer presidente a uno de esos médicos que al exaltar el valor profundo de la Medicina, volvieron por el honor de la humanidad. El recuerdo de Jerome Lejeune, hombre de ciencia brillante, médico al servicio de los más inútiles y desvalidos, habla como un testimonio de que la verdadera Medicina es posible y necesaria.